

ya no existen.» Léese en Eusebio y Sócratas que Eutropia, madre política de Constantino, en cumplimiento de un voto visitó la encina de Mambré, y notando las supersticiones que se practicaban, participó al emperador, quien escribió á los obispos previniéndoles que derribasen el altar de los falsos dioses y edificasen una iglesia en su lugar. La voluntad del emperador quedó cumplida. Sanuto afirma que en su tiempo aún existía el tronco de la encina de Mambré, del cual se arrancaban astillas por atribuírselas una virtud especial. Lo mismo vemos notado por Calmet.

Excepto los monumentos mencionados no queda más de notable en Hebrón; pero ellos bastan para que, recordando los hechos de que nos hace memoria, diga con razón el padre jesuíta Damas: En verdad no me sorprende ya la veneración profunda que sienten los pueblos por la tierra que pisamos. Este lugar es santo, y el dedo de Dios está marcado en él con indelebles caracteres.»

Los viajeros procedentes del monte de Sinái ó de Egipto han de purgar cuarentena en Hebrón, y hace algún tiempo que junto á esta ciudad se construyó un lazareto que estaba no há mucho bajo la dirección de un médico francés. El temor de la peste, tan cruel en aquellas regiones, justifica sobradamente la severidad de sus reglamentos de policía.

Los afueras de la ciudad prueban aún hoy día la antigua feracidad de la Tierra Prometida. Crecen todavía en sus campos árboles cargados de exquisitos frutos; allí se ven los mayores alfénsigos de Palestina, árboles cuyos frutos envió Jacob á su hijo José por ser los más preciosos de la comarca. Numerosos plantíos de olivares embellecen la campiña, y las vides alfombran las colinas y son las uvas de extraordinario tamaño y de exquisito sabor; racimos hay, y no son raros, que pesan de cinco á seis kilogramos. El vino de Hebrón goza de gran fama, y los musulmanes hacen con la pasa importante comercio. Si se considera que la viñas producen semejantes frutos sin necesidad de cultivo, fácilmente se concebirá que esta tierra en su estado próspero produjese racimos que pasaron á los diputados de Moisés. Por esto es opinión de algunos autores ser este el *valle del racimo*, Nahal-Eschol, donde se cogió el racimo que dijimos oportunamente llevaron en un palo dos hombres para enseñarlo á los israelitas.

San Gerónimo también designa este valle en las inmediaciones de Hebrón.

¡Cuán cierto es que si en estas comarcas no hay más que recuerdos

son recuerdos que nos acercan á Dios por aproximarnos á la cuna del linaje humano!

«¡Adiós, Hebrón!, exclamó un peregrino al partir de la ciudad; ¡adiós, patria de Abraham! Si la Providencia me trae otra vez á Palestina no dejaré de visitarte de nuevo, pues en tus recintos están encerrados los orígenes de la humanidad!»

Saliendo de Hebrón, y siguiendo el Ued-Sebta se deja á la espalda el sitio en que estuvo la fortaleza de *Debir*, llamada antiguamente Kiriath-Sefer ó *Ciudad del Libro*, de la cual nos dijo la historia se apoderó Othoniel, recibiendo en recompensa á Axa hija de Caleb.

Encuétrase poco después, en la falda de la colina que el Norte domina el valle, una miserable aldea, por nombre Kerbet-el-Nassara, donde moraba en otro tiempo una colonia cristiana, como lo atestigua su nombre. De lo alto del collado donde se levantan aquellas casuchas puede tenderse la última mirada al valle de Hebrón, torciendo al Este para llegar, después de recorridos poco menos de cinco kilómetros, al lugar de Beni-Naim, conocido antiguamente con el nombre de Kefr-Bereik. En sus casas hoy día existentes véanse empleados muchos materiales antiguos, dignos de llamar la atención, y la mezquita encierra, según tradición de aquel pueblo, el sepulcro de Lot. La verdad es que se ve allí un gran ataúd de madera cubierta con un tapiz, y es posible que en ella descansan los restos de algún santón musulmán, venerado bajo el nombre del sobrino de Abraham. Desde el alminar que se alza en uno de sus ángulos divisase por los claros ó aberturas que ofrecen los valles grande extensión del mar Muerto y del desolado país que le circunda. Las eras de que se sirven para la trilla aquellos moradores y las varias cisternas abiertas en la peña que les proveen de agua datan de remotísima antigüedad.

Allí se halla el punto denominado Caphar-Barucha, *lugar de bendición*, hasta donde acompañó Abraham á los ángeles que iban á Sodoma y donde, implorando la misericordia divina en favor de esta culpable si encontraba en ella siquiera diez justos, alcanzó del Eterno su perdón. «Ruégote, Señor, dijo Abraham, no te irrites, si aun hablare esta sola vez: ¿Y si se hallasen allí (en la ciudad de Sodoma) diez (justos)?» A lo que respondió: «No la destruiré por amor de los diez.» Abraham, después de esta pregunta no se atrevió á pasar adelante por el sumo respeto que tenía á Dios, solamente admiró su clemencia, persuadido que en una ciudad tan grande no dejaría de haber siquiera diez justos; pero sólo se halló Lot con su familia, que componían el corto número de cuatro personas. Diez justos hubieran salvado á Sodoma. Los buenos



son los mejores baluartes que defienden los Estados. Los moradores de Sodoma eran de aquella casta de malvados que los trastornan y arruinan, ó por la naturaleza misma de sus vicios, ó porque provocan contra ellos la justa venganza de los cielos. Prueba de ello es que el día siguiente del misterioso coloquio volvió el patriarca al mismo punto, y asistió de lejos al incendio de Sodoma y Gomorra, viendo que de la tierra se elevaban inflamantes pavesas y como la humareda de un inmenso horno: Dios había destruído las ciudades de la comarca.

En una de aquellas laderas existe la cueva á la cual Lot, cuya mujer pereció en la huída siendo convertida en estatua de sal por la desobediencia al divino precepto de no volver atrás el rostro, se refugió con sus dos hijas para librarse de la gran catástrofe, y en ella fué cometido el doble incesto del cual nacieron Ammón y Moab.

Los Padres excusan comunmente á Lot del incesto, por cuanto estando fuera de sí no supo según consta de los versículos 33 y 35 del capítulo XIX del Génesis, lo que se hizo, ni tampoco pudo preveer lo que intentaban hacer sus hijas; pero no le excusan de la embriaguez. Lot pecó, dice San Agustín, no cuando cometió el incesto, sino cuando se embriagó. Por esto Santa Paula, que visitó la cueva de Lot y vertió lágrimas en ella pensando el crimen que allí se cometiera, hizo observar á sus compañeros cuánto importa no aficionarse al vino si se desea conservar la castidad del corazón.

Entre Beni-Naim y las ruinas de Aim-Djedi extiéndese vasto desierto de unos veinte kilómetros de anchura; los ojos no alcanzan á distinguir lugar habitado en tierra cultivada, y si únicamente diseminados á largas distancias algunos campamentos de beduinos haraposos, y de aspecto feroz, cuyos bienes quedan reducidos á rebaños de carneros y cabras que buscan afanosas aquellos raquíticos pastos bajo la custodia de pastores armados hasta los dientes y de perros no menos feroces que sus dueños. Cortan el suelo profundos y pavorosos barrancos, cuyas laderas, erizadas de malezas ó áridas y peñascosas, reflejan, en verano sobre todo, con sus paredes calcáreas y blanquecinas los rayos de un sol implacable. Aquella parte de la región era nombrada más especialmente desierto de Engaddi; y después de penosa marcha de seis horas, á contar desde Beni-Naim, atravesando sucesivamente montes y valles, llégase á erguida meseta que domina las playas del mar Muerto desde una altura de setecientos cincuenta metros, ofreciéndose al viajero espectáculo imponente y desolador á la vez.

A sus ojos y bajo sus pies extiéndese á lo lejos las aguas del famoso mar; ni un bajel las atraviesa, ni pescadores echan en ellas sus



V. Labiella Sr.

Salvador Ribas, Editor.

EL MAR MUERTO



Los mejores batallones que defendían los Estados. Los moradores de Sodomá eran de aquella casta de guerreros que los trastornan y arruinan, ó por la naturaleza misma de sus vicios, ó porque provocan contra ellos la justa venganza de los cielos. Prueba de ello es que el día siguiente del misterioso colapso volvió el patriarca al mismo punto, y se sintió de lejos al incendio de Sodomá y Gomorra, viendo que de la tierra se elevaban inflamantes neblinas y como la humareda de un inmenso hogar: Dios había destruido las ciudades de la comarca.

En una de aquellas laderas existe la cueva á la cual Lot, cuya mujer pereció en la huida siendo convertida en estatua de sal por la desobediencia al divino precepto de no volver atrás el rostro, se refugió con sus dos hijas para librarse de la gran catástrofe, y en ella fué cometido el sobre incesto del cual nacieron Amón y Moab.

Los Padres excusan comunmente á Lot del incesto, por cuanto estaba fuera de sí y no supo según consta de los versículos 33 y 35 del capítulo XIX de Génesis, lo que se hizo, ni tampoco pudo prever lo que se iba á hacer sus hijas; pero no le excusan de la embriaguez. En esto, como San Agustín, no cuando cometió el incesto, sino cuando se embriagó. Por esto Santo Tomás, que visitó la cueva de Lot y vertió lágrimas en ella pensando el crimen que allí se cometiera, hizo observar á sus compañeros cuánto importa no aficionarse al vino si se desea conservar la castidad del corazón.

Entre Beni-Naim y las ruinas de Aim-Djadí extiéndese vasto desierto de unos veinte kilómetros de anchura: los ojos no alcanzan á distinguir lugar habitado en tierra cultivada, y si únicamente diseminados á largas distancias algunos campamentos de beduinos haraposos, y de aspecto feroz, entre otros quedan colocados á rebaños de carneros y cabras que buscan atardecer en raquíticos pastos bajo la custodia de pastores armados hasta los dientes y de perros no menos feroces que sus dueños. Corren al viento profundas y pavorosos barrancos, cuyas laderas, erizadas de pedruzcos ó aridas y peñascosas, reflejan, en verano sobre todo, con sus paredes calcáreas y blanquecinas los rayos de un sol implacable. Aquella parte de la región era nombrada más especialmente desierto de Engaddí; y después de penosa marcha de sus ruinas contar desde Beni-Naim, atravesando sucesivamente un profundo barranco que se erguía á elevada meseta que domina las playas del mar Muerto á una altura de setecientos cincuenta metros, ofreciendo al viajero espectáculo imponente y desolador á la vez.

El agua y bajo sus pies caían á lo lejos las aguas del famoso mar; ni un árbol las atravesaba, ni pescadores echan en ellas sus



V. Labille Sc.  
Salvador Ribas, Editor.

EL MAR MUERTO

A. Scáñá, Dib.



redes, pues ni un sér viviente mora en sus misteriosas profundidades; sus márgenes no tienen pajarillos, ni árboles, ni verdor; y sus aguas, de horrorosa amargura, son tan pesadas, que los vientos más impetuosos pueden agitar apenas. Su superficie, al reflejar el color del cielo, es un azul obscuro, mitigado por la diáfana nube de vapores que de su seno se alzan al ser abrasado por los rayos solares. Altas y escarpadas montañas lo rodean formando como gigantesco cerco de peñascosos muros por entre los que se abre paso, en aberturas más ó menos anchas y fantásticas, los torrentes que llevan al vasto lago el tributo de sus aguas. Figúrese el lector dos largas cordilleras que se extienden paralelamente de Norte á Mediodía, sin rodeos, sin sinuosidades. La cordillera oriental llamada Montaña de Arabia, es la más alta; y vista á la distancia de cinco ó seis horas parece una pared perpendicular inmensa; no se distingue en ella ni una cumbre, ni la más pepueña cima; tan solo se descubren á trechos algunas leves inflexiones, como si la mano del pintor que trazó esta línea horizontal en el cielo, hubiese temblado en algunos parajes. Los montes de la ribera oriental son los del antiguo país de Moab y Ammón y es admirable contemplarlos cuando el astro del día, al llegar á su ocaso, los viste de variados colores en los que brillan primeramente el oro y la púrpura, que se mudan en rosadas y luego violáceas tintas, perdiéndose al fin entre las sombras de la noche.

Angosto y enroscado sendero guía, en cuarenta y cinco minutos de difícil y penosa bajada, de aquel observatorio ó copiosa fuente conocida desde la más remota antigüedad, conocida hoy día con el nombre de Ain-Djedi, *fuentes del cabrito*. Mana entre peñas por dos puntos distintos en reducido llano situado seiscientos metros más abajo que la meseta superior y todavía á una altura sobre la playa de ciento cincuenta; su caudal, límpido y dulce, pero casi tibia, forma un riachuelo que cae en cascada por la ladera del monte y mantiene impenetrable cortina de árboles, arbustos y maleza, entre la que anida un sinnúmero de aves. Confusas ruinas yacen esparcidas por las tierras, antes cultivadas que riega el arroyuelo y por el llano que se extiende hasta el mar; restos son de la antigua Engedi, en latín Engaddi, que queda mencionada, y pertenece al desierto de Judá. De los bosques de palmeras que la rodean tomó primitivamente el nombre de Hatzazón-Tamar; el hebraico Engedi que hoy lleva hace creer que sería descubierta por algún cabrero.

Los jardines de Engaddi fueron arrasados en las guerras de los judíos y replantados por los romanos. De sus viñedos, tan renombrados